

Luis Ángel Sánchez Gómez

La niña

TRAGEDIA Y LEYENDA
DE LA HIJA DEL DOCTOR VELASCO



RENACIMIENTO
BIBLIOTECA DE LA MEMORIA

Luis Ángel Sánchez Gómez

LA NIÑA

*TRAGEDIA Y LEYENDA
DE LA HIJA DEL DOCTOR VELASCO*

Prólogo de *Enrique Dorado Fernández*



RENACIMIENTO
BIBLIOTECA
DE LA MEMORIA

PRÓLOGO

LA vida y obra de Pedro González Velasco, célebre anatomista y cirujano y uno de los padres de la antropología en nuestro país, nos ha llegado velada, diríamos que lastrada, por los acontecimientos relacionados con la muerte de su querida hija. La profunda desolación en que sumió al doctor, ocasionada por el amor, por la verdadera adoración que por ella sentía, junto al convencimiento del error completo y fatal en el tratamiento que como médico prescribió para tratar la enfermedad que la niña padecía, serían determinantes de una conducta personal que bordeó lo patológico y que llegó a dominio público con rasgos de drama o novela. El doctor Velasco y su hija Conchita se convirtieron en protagonistas de un relato con trazos macabros, muy del gusto popular, incorporado al catálogo de las leyendas que sazonan la historia de Madrid.

Podría decirse que la silueta de esa hija ha sido, de alguna manera y en ciertos espacios, leitmotiv en la biografía del científico, situándole entre la realidad y la ficción, relegando a un plano secundario al médico, antropólogo y etnólogo que fue González Velasco. Pero su destacada personalidad en la ciencia española del siglo XIX tiene una muestra viva en el contenido de su casa y museo, actual Museo Nacional de Antropología, donde continúa

© Luis Ángel Sánchez Gómez
© Prólogo: Enrique Dorado Fernández
© 2017. Editorial Renacimiento

www.editorialrenacimiento.com

POLÍGONO NAVE EXPO, 17 • 41907 VALENCINA DE LA CONCEPCIÓN (SEVILLA)
tel.: (+34) 955998232 • editorial@editorialrenacimiento.com

Diseño de cubierta: Equipo Renacimiento

DEPÓSITO LEGAL: SE ****-2017 • ISBN: 978-84-16685-**-*

Impreso en Kadmos • Impreso en España • Printed in Spain

hasta nuestros días, si bien es cierto que con una muy renovada orientación, la labor científica y cultural que un día allí palpó.

Con el transcurso de los años se han ensayado muchas y diversas interpretaciones, de las que se han hecho eco periodismos y literaturas de distintas calidades, rastreando entre jirones de esa leyenda, oral o escrita. Pero era necesario que alguien recurriese a la crítica con rigor científico, investigando con todas las fuentes disponibles: archivos, bibliografía y hemerografía, para poder exponer la realidad de unos hechos históricos, reconstruir la figura de un gran científico y fijar una peripecia biográfica que ha sufrido los embates de la leyenda. «Hay dos clases de hombres: quienes hacen la historia y quienes la padecen» es frase muy conocida de C. J. Cela. El doctor Velasco fue actor y paciente de su propia historia.

Rescribirla es lo que ha conseguido Luis Ángel. Ajeno a la fantasía gratuita, se ha atenido a la fidelidad documental para aclarar las circunstancias que han rodeado la vida, la muerte y los avatares *post mortem* de la infortunada Conchita. Con el éxito que era de esperar por quienes sabemos de su categoría profesional y de precedentes trabajos suyos.

Al autor, mi agradecimiento por permitirme estas palabras en un asunto al que hemos tenido la fortuna de aproximarnos. Quien tenga en las manos este libro disfrutará, de seguro, con su lectura tanto como yo lo he hecho. Enhorabuena al autor y a los lectores.

ENRIQUE DORADO FERNÁNDEZ

Responsable del Laboratorio de Antropología Forense del Instituto Anatómico Forense de Madrid. Profesor asociado del Dpto. de Toxicología y Legislación Sanitaria de la Universidad Complutense.

AGRADECIMIENTOS

DEBO confesarlo: como de verdad he disfrutado con la redacción de este libro y como he quedado razonablemente satisfecho con el resultado, no he tenido empacho alguno en pasar el original a colegas y compañeros de trabajo a los que no suelo incordiar con peticiones similares. Y es que, aun siendo un trabajo con una evidente orientación académica, he considerado que su lectura podría resultar mucho más interesante y agradable que la mayoría de las publicaciones que uno acostumbra a sacar a la luz. Les pedí que corrigieran errores, que me advirtieran de posibles carencias y, en último término, que valoraran el interés que podría tener su lectura para un público más amplio que el especializado al que habitualmente me dirijo. Todos dieron buena cuenta de lo solicitado y, aunque con opiniones no por completo coincidentes, todos pensaron que, efectivamente, la singular historia del doctor Velasco y su hija difunta podría llamar la atención de lectores ajenos al entorno académico con el que un profesor de historia y de antropología cultural suele estar relacionado. Y, aunque sus indicaciones no pueden hacer milagros (lo cual les absuelve de culpa por el resultado), quiero expresar mi más sincero agradecimiento a José L. Mingote Calderón, Juan M. Valadés Sierra, M. Ángeles Querol Fernández, Francisco de Santos Moro, M. Teresa Montes

Pardilla, Teresa Chapa Brunet y Carmen Ortiz García. También debo agradecer a todas las instituciones a las que he acudido, a su personal, por atenderme en la debida forma, muy especialmente al Museo Nacional de Antropología, a sus trabajadores y a su director, Fernando Sáez Lara, que me han dado todo tipo de facilidades para trabajar y documentarme en sus instalaciones. En penúltimo lugar, debo confesar que este libro es una especie de subproducto, casi de daño colateral, de mi participación en un proyecto de investigación (ref. HAR2013-48065-C2-2-P), desarrollado en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España, en el que he trabajado, y lo sigo haciendo, sobre el antiguo Museo Antropológico y sobre el conjunto de la obra de su creador, el doctor Velasco.

Por último, a quien realmente tengo que agradecer su inagotable paciencia y comprensión es a Julia, mi mujer. Sí, es verdad que ya está acostumbrada a la profesión y a los peculiares gustos de quien esto escribe, pero reconozco que en esta ocasión ha tenido que soportar que la niña, tímidamente al principio y luego ya con total descaro, se haya metido en casa hasta la cocina, a cualquier hora, y con una presencia un poco obsesiva. Pero ya se marchó, sin mayores contratiempos. Gracias.

CUANDO LA MUERTE NO ES EL FINAL

MADRID, la animada calle de Atocha, mediada la década de 1860. Allí vive, junto a su mujer y a su queridísima hija única, uno de los más reconocidos cirujanos del país. Es un hombre quizás algo excéntrico, de carácter enérgico e ideología republicana, por completo entregado a su profesión; alguien que, tras haber superado obstáculos y dificultades que para la mayoría habrían resultado infranqueables, se ha forjado una magnífica reputación en el ámbito de la medicina práctica y goza de una situación económica envidiable; alguien que, en definitiva, se podría asegurar que vive feliz. Y entonces... entonces fallece de forma inesperada y dramática su querida niña, sin que toda su sabiduría médica pueda hacer nada para salvarla. Y es también entonces cuando arranca la extraordinaria sucesión de acontecimientos que justifica la redacción de estas páginas: el padre embalsama a su hija, la entierra, la exhuma al cabo de once años, traslada sus restos a su nueva casa-museo, los momifica, adecenta y viste a la momia, la guarda en una urna de cristal y la dispone en una capilla, en su propio domicilio, con la intención última de inhumarla, junto a sus propios restos y los de su esposa, en ese mismo museo. Finalmente, tras la muerte del doctor, la madre devuelve la momia al cementerio. Años después, la leyenda echa a andar; y crece, y se transforma. El padre es

el famoso médico y anatomista Pedro González Velasco; la niña, su hija María de la Concepción, a quien todos llaman Conchita; la esposa y madre, Engracia Pérez Cobo; el edificio que acoge tan dramática historia, el Museo Antropológico del antiguo Paseo de Atocha, actual Museo Nacional de Antropología.

Los hechos tienen lugar entre 1864 y 1886 y, aunque no todos los detalles trascienden, los vecinos de Madrid están al tanto de lo que ocurre; incluso la prensa diaria se hace eco de la exhumación y el traslado del cadáver. No se genera escándalo alguno, ni siquiera parece que se publiquen comentarios críticos en los medios de comunicación; tampoco dicen nada en contra la Iglesia católica ni las autoridades civiles, que conceden todos los permisos necesarios para el trasiego de los restos. Y eso a pesar de que su instalación en la casa-museo no parece muy acorde con la legislación funeraria vigente y, lo que aún resulta más llamativo, de que Pedro y Engracia tuvieron a Conchita sin estar legalmente casados –de hecho, contraen matrimonio poco antes de la muerte de la niña, gracias a una dispensa papal–, ya que el padre hace vida conventual durante su juventud y, aunque no llega a ordenarse fraile, sí recibe las «órdenes menores de tonsura y grados», que implican celibato y voto de castidad. Todo es realmente excepcional; sin duda podrán citarse otros casos de manipulación, momificación o preservación, en la forma que fuere, de cadáveres o de restos humanos en un contexto histórico contemporáneo, también en España, pero seguro que ninguno presenta las características del que ya podemos definir como «el caso de Conchita».

Se nos concederá que la historia llama poderosamente la atención. Combina elementos morbosos, macabros y hasta (presuntamente) necrofílico-incestuosos de una forma tan intensa y

excéntrica como probablemente no lo haya hecho ni el más desquiciado de los relatos de terror decimonónico. Y todo ello viene de la mano de un famoso cirujano de humildísimos orígenes, de un hombre realmente hecho a sí mismo, de un personaje obsesionado por la anatomía y la antropología, coleccionista de cráneos y de prácticamente todo lo que uno se pueda imaginar, que casi se arruina para crear un gran museo que aún hoy podemos contemplar, aunque sus colecciones ya nada tengan que ver con las originales. El interés, al menos literario, de los acontecimientos es más que evidente; ahora bien, ¿va más allá?, ¿es posible trascender la anécdota siglo y medio después y «rentabilizar» todo este asunto desde una perspectiva pretendidamente seria, más o menos académica y, además, medianamente atractiva para el lector? Creemos que sí. De entrada, y pese a su condición íntima y doméstica, no pensamos que los hechos puedan catalogarse como una simple anécdota. No lo son debido a su extrema singularidad, pero sobre todo porque su mera fuerza factual desborda con mucho los límites de lo cotidiano; de hecho, esa fuerza nos permite y hasta nos obliga a reflexionar sobre circunstancias, ideas y valores que quizás nos ayuden a comprender e incluso a explicar lo acontecido. Merece la pena, por tanto, estudiar con detalle todo lo ocurrido, analizarlo con la carga de empirismo que indudablemente le corresponde, como haría el propio Velasco frente a un cadáver en la mesa de disección, aunque debemos admitir que nos va a resultar difícil cerrar por completo el paso a las emociones, y que incluso podrá atisbarse el paulatino crecimiento de una cierta empatía retrospectiva con nuestros dos singulares protagonistas.

Lo primero que haremos será conocer a los personajes implicados, sobre todo al doctor. Presentaremos el contexto profesio-

nal, médico y académico, en el que se mueve, dedicando especial atención a sus museos, sobre todo al último, el gran Museo Antropológico. Seguidamente, trataremos de conocer los hechos de la forma más objetiva posible. Revisaremos la prensa y otras fuentes documentales, tanto contemporáneas como posteriores, que de una u otra forma abordan el tema¹. Algo nos cuenta también el propio Velasco, y aún más un buen amigo suyo, el pediatra Mariano Benavente, aunque sea a través de las memorias de su hijo, el dramaturgo Jacinto Benavente. Pero el testigo más importante y fiable es quien fuera su más relevante discípulo y cercano colaborador desde finales de la década de 1860: Ángel Pulido Fernández (1852-1932), médico destacado, futuro senador, escritor, defensor de la causa sefardí y académico numerario de la Real Academia Nacional de Medicina. Lo que Pulido escribe sobre el caso de Conchita, y lo hace ya en 1875, resulta simplemente alucinante, y se comprobará que no exageramos.

Pero, como decíamos, lo relevante de toda esta historia es que trasciende con mucho los límites fijados por los propios hechos, pese a lo delirantes que puedan parecer. Lo hace de formas diversas y en contextos variados, pero con un marco de referencia compartido: la historia se convierte en leyenda, la «leyenda de la hija del doctor Velasco». Y al igual que ocurre con todas las leyendas, en esta el relato y sus contenidos varían, incorporando en ocasiones elementos puramente ficticios a cuál más extravagante y alucinado. Pero lo curioso del caso es que, dada su extrema singularidad, en más de una ocasión ocurre justo lo contrario: la

1. Hemos accedido de forma rápida y sencilla a la prensa histórica gracias a la magnífica Hemeroteca Digital que mantiene la Biblioteca Nacional de España (<http://hemerotecadigital.bne.es>).

realidad de los hechos se presenta como algo legendario, como un simple relato de terror.

Nuestro siguiente objetivo será analizar la evolución de esa leyenda. Primero indagaremos en lo que ocurre antes de su consolidación, cuando quienes se interesan por el asunto, entre los que se cuenta el gran Ramón Gómez de la Serna, solo pretenden rememorar una historia trágica y sin duda macabra, aunque atractiva por sus ribetes gótico-románticos. Seguidamente, nos centraremos en el momento y el contexto que de manera definitiva fija la versión más trastornada de la leyenda: la prensa popular madrileña de las décadas de 1920 y 1930. Comprobaremos que poco o nada interesan entonces la figura del doctor y su obra; solo dos cosas importan: la proyección pública de quien escribe el relato y las ventas del periódico que lo edita. Más de un periodista no tiene reparo en inventar sucesos extravagantes asociados a Velasco, la momia de su hija y el presunto novio de la niña; o quizás solo se hace eco de antiguas habladurías. Salen a relucir paseos en coche de caballos, visitas al teatro y la ópera, comidas y veladas familiares..., siempre con la momia de Conchita de por medio.

Y hay algo más, algo absolutamente extraordinario más allá del propio caso: durante aquellos años, concretamente en 1935, salta a la escena pública un nuevo «personaje», que permite dar un completo giro de tuerca al caso. Se trata nada más y nada menos que de una segunda momia, casi un clon de la de Conchita. Es también de una adolescente; pertenece a quien fuera también la hija de un médico, e igualmente se conserva durante años en el Museo Antropológico. Son los restos de una niña, donados por su padre a Velasco en 1873, un cadáver momificado de forma natural que se descubre tras la apertura del nicho con motivo de unas

obras y que dicho señor considera como algo excepcional, digno de formar parte de un museo. El doctor acepta tan singular regalo y lo suma a sus colecciones. Aunque en su momento la donación se reseña en la prensa, la momia de Carmen, pues este era el nombre de la niña, se olvida. Décadas después de la muerte de Velasco el cuerpo reaparece en la Facultad de Medicina de Madrid, adonde había sido trasladado al igual que otros muchos materiales del antiguo Museo Antropológico tras su compra por el Estado en 1887. ¿Y cuál es la reacción de estudiantes y profesores? Pues, como nadie sabe nada de Carmencita ni de su padre Manuel, todos concluyen que se trata de la momia de la hija del doctor Velasco. Era lo único que faltaba para otorgar definitiva carta de naturaleza a la leyenda, ahora presuntamente más real y carnal que nunca, aunque también mucho más reseca y apergaminada.

La Guerra Civil y la inmediata posguerra adormecen la leyenda. A partir de los años 50 se recupera de la mano de algún periodista, sobre todo del asturiano Juan Antonio Cabezas, que escribe una y otra vez sobre el asunto en el diario *ABC*, e incluso publica una novelita inspirada en el caso, de la que también hablaremos. Pero es otro autor, un extraordinario novelista, el responsable de elevar a Conchita, a su padre y al novio de la niña al Olimpo de los mitos literarios contemporáneos. Nos referimos a Ramón J. Sender. Lo hace por partida doble: en un inicial relato que se publica por vez primera (en España) en 1967 y en una segunda versión, ampliada, que aparece en 1980. Como veremos, la magnífica recreación literaria que hace el gran escritor aragonés tiene poco que ver con la realidad protagonizada por Velasco y su niña, pero resulta tan intensa y seductora que se adueña de los hechos y de la propia leyenda, hasta convertirse en el referente canónico de la

historia. Revisaremos con detalle ambos textos y comprobaremos que la imagen que nos ofrecen de Conchita como una «muñeca grande», como una creación puramente artificial, manipulada y controlada por el padre y el novio, ha servido para que algunos estudiosos dejen a un lado los hechos y reinterpreten el caso tomando como referencia casi exclusiva esta atractiva ficción.

Una vez recuperados del intenso gozo literario que nos proporciona el repaso a los relatos de Sender, y después de echar un rápido vistazo a otras apariciones del espectro de la niña en entornos variados, debemos abordar una de las parcelas más presuntamente serias de nuestro relato: los artículos académicos que analizan el caso desde la historia cultural. Son únicamente tres, los tres escritos por mujeres, dos norteamericanas y una española. Los tres son interesantes y sugerentes, pero dos de ellos adolecen del problema que acabamos de anotar: en lugar de interpretar lo realmente acontecido, reinterpretan las recreaciones literarias de Sender, Cabezas y los periodistas de entreguerras. Además, las tres consideran que Velasco exhibe la momia de Conchita en el museo, algo rotundamente falso. También discutimos y discrepamos de algunas de sus conclusiones, especialmente de aquellas en las que la conducta de Velasco y la manipulación del cadáver de su hija se vinculan con contextos y simbologías (de género y dominación patriarcal) propios del fin de siglo, que en buena medida consideramos ajenos al asunto que nos interesa.

Tras haber revisado en los primeros capítulos la información disponible sobre el caso de Conchita, analizado el desarrollo periodístico y literario de su leyenda y valoradas las interpretaciones publicadas sobre todo ello en el universo académico, tenemos que cambiar ligeramente el rumbo de nuestro relato para tratar de

encontrar conductas que de un modo u otro puedan ser comparables a la Velasco. Después de una rápida contextualización de las circunstancias que hacen posible la preservación y hasta la exhibición de cuerpos humanos completos durante el siglo XIX, conoceremos tres destacados casos que tienen como protagonista activo a un varón y como elemento pasivo, y embalsamado, a una mujer. Los tres nos ofrecen, como no podía ser de otra forma, un amplio despliegue de conductas y gestos macabros, que se eleva a cotas de insospechado dramatismo y verdadero desquiciamiento en el caso que involucra al radiólogo alemán Carl Tanzler y a la cubana Elena Milagro Hoyos en la década de 1930. El problema es que en los tres el vínculo que une a los personajes es su condición de amantes, no la relación de padre e hija. ¿Existe algún otro caso en el que sea precisamente un padre quien decida momificar a su hija difunta? Pues sí, existe; es especialmente singular y más cercano en el tiempo que el de Velasco y Conchita. Hablamos del italiano Mario Lombardo y su hija Rosalia, fallecida con solo dos años, embalsamada por deseo de su padre y depositada en las famosas «Catacumbas de Palermo» en diciembre de 1920, cuyo cuerpo y más aún su hermoso rostro se han conservado de forma absolutamente extraordinaria hasta el día de hoy. En su momento veremos en qué medida se acerca o se separa el caso de Rosalia del de nuestra querida niña.

Más allá de las comparaciones, el libro llega a su final con unas páginas en las que ensayamos una interpretación del caso de Conchita, de la conducta de su padre, que nos permita comprender qué sentido tiene la singular sucesión de acontecimientos que se produce desde su muerte, en 1864, hasta su postrero y definitivo retorno al cementerio en 1886. Primero tendremos que

decir algo sobre el momento histórico que viven la anatomía y la antropología en la España de la segunda mitad del siglo XIX, que casi podríamos decir que alienta la excéntrica conducta de Velasco. Luego, y cerrando ya el enfoque, habremos de tener en cuenta la íntima familiaridad del doctor con la manipulación y preservación de cadáveres; su cotidiana convivencia con la muerte, mejor dicho, con los restos de personas que ya no están vivas pero que para el doctor no son simplemente carne muerta: son páginas del libro de la anatomía que debe leer y estudiar, pues le cuentan una y mil cosas, siempre nuevas y siempre apasionantes. Deberemos asumir que nuestro protagonista posee la técnica y los conocimientos necesarios para conservar esa materia muerta, para mantener su forma durante un tiempo que se pretende sea largo, casi eterno. Y una vez revisado todo ese conjunto de circunstancias y condicionantes, ya no podrá sorprendernos que, ante la inesperada muerte de su única hija y tras un largo periodo de reflexión, Velasco no se resigne, que no se pliegue sin más a los designios de La Parca. Entonces, y no antes, estaremos en condiciones de comprender, y quizás hasta de explicar, las razones y la esencia última del caso de Conchita.